



**COMILLAS**  
**UNIVERSIDAD PONTIFICIA**

ICAI

ICADE

CIHS

### **Document Version**

*Accepted Version*

### **Published versión**

Molinero, Y. (2025). El capitalismo como régimen socio-ecológico. En C. de Castro Pericacho. *Sociología Económica: Desde los confines del mercado* (57-68). UAM Ediciones. <https://doi.org/10.15366/9788483449752>

### **General rights**

This manuscript version is made available under the CC-BY-NC-ND 4.0 licence (<https://web.upcomillas.es/webcorporativo/RegulacionRepositorioInstitucionalComillas.pdf>).

### **Take down policy**

If you believe that this document breaches copyright please contact Universidad Pontificia Comillas providing details, and we will remove access to the work immediately and investigate your claim.

**Post-print version.**

**Sugerencia de cita:**

**Molinero Gerbeau, Y. (2025) “El capitalismo como régimen socio-ecológico” en De Castro, C. *Sociología económica: Desde los confines del mercado*, Madrid: UAM Ediciones, pp 57-68**

## El capitalismo como régimen socio-ecológico

Yoan Molinero Gerbeau

Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones (IUEM) – Universidad Pontificia Comillas

### Introducción

Pese a ser un concepto habitualmente empleado a nivel social para referirse a las relaciones de producción que caracterizan la época más reciente de la historia humana, lo cierto es que no existe una definición única y comúnmente aceptada que nos permita determinar los elementos que componen el capitalismo. Esto no solo se debe a las dificultades que entraña materializar semejante abstracción, sino que se trata de un amplio campo en disputa donde detractores y defensores han resaltado lo que para ellos es el capitalismo, por lo general, con una mirada exclusivamente economicista (Sternberg 2015). La mirada sociológica, no obstante, requiere ampliar estos horizontes para entender que el capitalismo, además de un sistema económico, es la estructura sobre la que tienen lugar las relaciones sociales mundiales, condicionando el accionar de los actores que las conforman y organizando las sociedades en un sentido concreto, vertebrando de esta manera un orden capitalista. Tal como expuso Polanyi “una economía de mercado sólo puede existir en una sociedad de mercado” (2003: 121) algo que podríamos ampliar aseverando que el capitalismo en tanto que superestructura mundial, solo puede existir en un planeta capitalista.

Como veremos a lo largo de este capítulo, el capitalismo no es un mero sistema económico, sino también un sistema social, político, militar y ecológico cuyo afán de acumulación infinita reposa sobre la apropiación tanto del trabajo humano como de la naturaleza extrahumana organizando el planeta de tal manera que ningún ser vivo o espacio físico quede fuera de sus relaciones de producción. Aplicando así una perspectiva socioambiental podemos entender que el capitalismo no es meramente un sistema-mundo, como dijo Wallerstein (2000), sino una ecología-mundo tal como propone Moore (2020). Para entender esta lógica, comenzaremos estudiando cómo se ha construido el concepto de naturaleza a lo largo de la historia. Seguiremos, en el tercer punto, con una identificación de las fuentes principales de acumulación del sistema para determinar así, en el cuarto punto, por qué podemos hablar del capitalismo como una ecología-mundo. Cerraremos finalmente el capítulo exponiendo una serie de conclusiones y abriendo el debate con algunas preguntas.

### 2. Construcción de la naturaleza

Para entender el capitalismo como un sistema socio-ecológico cabe entender qué es la naturaleza y cómo ha sido construida a lo largo de la historia.

La percepción dominante de ésta como todo aquello que no ha sido mediado por la actividad humana constituye una construcción social y responde a una cosmovisión funcional al sistema capitalista. La separación entre naturaleza y seres humanos en dos esferas diferenciadas es lo que conocemos como “dualismo cartesiano” (Moore 2020), una visión que proviene del pensamiento racionalista de Descartes que parte de la idea de que lo humano es lo “civilizado” y lo natural es lo “salvaje”. Según este esquema, el progreso de la civilización humana partiría de conquistar ese campo indómito incorporándolo al mundo de lo social, por lo tanto, la misión histórica de la humanidad consistiría en dominar la naturaleza, como decía Bacon (2003).

El dualismo cartesiano será incuestionablemente asumido por la civilización capitalista, normalizándose en nuestro inconsciente colectivo y así legitimando la apropiación de una naturaleza que será concebida como una reserva de recursos.

Para que los bosques u océanos sean integrados en el circuito del capital, deben ser construidos como recursos apropiables a disposición de las necesidades productivas, pero para que los diversos territorios del planeta y sus poblaciones también participen de ello, deben ser igualmente construidos como naturaleza. La colonización es el resultado más palpable de esta perspectiva. Al caracterizar los territorios y poblaciones extraeuropeos como salvajes o naturales, las potencias coloniales legitimaron su conquista, convirtiéndolos en recursos a disposición del esquema productivo de unas metrópolis cuyo afán expansivo obedecía a una necesidad de acumular para establecerse en una posición jerárquicamente superior dentro del sistema-mundo. En este punto, construcción de la naturaleza y racismo van de la mano al jerarquizar poblaciones en función de sus rasgos físicos para legitimar su subalternidad y sometimiento al sistema productivo (Balibar y Wallerstein 2017).

Esta construcción de la naturaleza operó también a nivel interno de los Estados colonizadores, ubicando en este campo no solo su medioambiente, sino también a las mujeres cuyo rol dentro de la reproducción social del sistema capitalista quedó relegado a los trabajos de cuidados y no a la participación en la dirección de las sociedades (Patel y Moore 2017).

En definitiva, para el capitalismo, la naturaleza ha sido todo aquello que no pertenece al orden social eurocéntrico, masculino y blanco en una construcción que obedece a la necesidad de legitimar el sometimiento a las necesidades del capital tanto del medioambiente como de los seres vivos que lo habitan.

No obstante, esta separación entre naturaleza y sociedad es meramente arbitraria pues responde a los intereses de un sistema que segmenta, excluye y jerarquiza la vida del planeta para responder a sus objetivos. Una perspectiva no funcional al capitalismo indica la necesidad de deconstruir estos principios, concibiendo la naturaleza como la ecología del planeta, integrando a todos los seres vivos en una misma matriz pues todos son afectados y gobernados por el capitalismo. En definitiva, no existiría la sociedad por un lado y la naturaleza por el otro, sino una única naturaleza, una ecología planetaria que alberga elementos humanos y extrahumanos.

Indaguemos en el próximo apartado sobre la función estructural que cumple la apropiación de la naturaleza en el gobierno planetario desplegado por el sistema capitalista.

### 3. Fuentes de acumulación: plusvalía humana y extrahumana

El complejo funcionamiento del sistema capitalista mundial lleva siendo analizado por las ciencias sociales desde sus albores. Siendo una estructura tan compleja y mutable a lo largo de la historia, múltiples aspectos han sido señalados como centrales por parte de

quiénes han abordado su estudio, lo que implica que hacer un ejercicio de síntesis de estos se advierte complicado. Señalaremos aquí algunos de los puntos que consideramos más estructurales.

Siguiendo lo expuesto por Marx (2003), el capitalismo es un sistema que protege la propiedad privada en manos de una clase social, la burguesa, y que tiene como objetivo último la acumulación infinita de capital. Dicho proceso vendría impulsado por un complejo esquema donde actores financieros y políticos garantizan tanto la disponibilidad de liquidez como de los medios sociales para dotar de estabilidad al sistema. De entre estos actores cabe destacar el rol del Estado cuyas leyes y accionar exterior mantienen, por medio de la violencia física (en términos weberianos) el orden funcional al capitalismo.

Garantizados los pilares estructurales para el funcionamiento expansivo del sistema, la creación de valor, elemento nuclear del proceso de acumulación, reposaría sobre la explotación del proletariado, entendido como la clase social obligada a vender su trabajo. El marxismo clásico indica así que la acumulación de capital reposa en esencia sobre la apropiación de plusvalía, por parte de la burguesía, del valor creado en el proceso de trabajo, por parte del proletariado. La diferencia entre el valor producido por el trabajador y su remuneración es lo que conocemos como plusvalía.

Pese a que estos principios básicos han tenido una amplia aceptación entre las corrientes sociológicas también han sido criticados más recientemente desde su propio campo pues obvian el rol fundamental que cumple la apropiación de la naturaleza extrahumana en todo ello.

Si analizamos el capitalismo desde una óptica estructuralista, es decir, saliéndonos del marco del Estado-nación para observar su funcionamiento como estructura de las relaciones internacionales, podemos observar que los procesos globales de acumulación no dependen exclusivamente de la apropiación de plusvalías del trabajo humano.

En el proceso productivo intervienen, además de la fuerza de trabajo, otros dos elementos: la energía y las materias primas. Mayor será la acumulación cuanto menor sea el coste de estos tres elementos a los que cabe añadir un cuarto que, si bien no interviene directamente en la producción, es socialmente indispensable para acumular: la comida.

Moore (2020) denomina estos cuatro elementos como “los cuatro baratos”, indicando que trabajo humano, energía, materias primas y alimentos a bajo coste son fundamentales para maximizar la creación de valor y expandir la acumulación de capital.

Realicemos un ejercicio de abstracción para comprender este vínculo estructural: imaginemos la producción de mesas de madera. Para crear valor hará falta mano de obra, materias primas (madera principalmente) y energía para usar la maquinaria que dará forma final al producto manufacturado. Ciertamente se requerirá disponer de capital constante (una fábrica, utensilios y máquinas) para ello pero esta inversión, una vez realizada, queda integrada en el circuito del capital constituyendo una base o precondition para la producción, pero no un elemento generador de valor *per se*.

En la búsqueda de que las mesas producidas sean rentables y permitan acumular capital, el capitalista tratará de pagar lo menos posible por el trabajo, la energía y las materias primas empleadas. Sencillamente, a menor coste de estos, mayor será el beneficio de la producción.

¿y la comida, qué rol cumple? Al ser un elemento indispensable para la vida, el precio de los alimentos directamente determina el coste de los salarios pues estos deben alcanzar para que las personas puedan sobrevivir y seguir manteniendo la reproducción social. Un aumento del coste de los alimentos implicará la necesidad de aumentar los salarios y por lo tanto reducir la plusvalía, lo que ralentiza la acumulación y puede derivar en crisis económica. En caso de que el capital se niegue a aumentar los salarios corre el riesgo de

dar pie a revueltas (la historia es fecunda en ejemplos tal como refleja, por ejemplo, Bohstedt 2014), lo cual constituye una amenaza mayor para el sistema.

De esta manera puede entenderse que el capitalismo no reposa sobre una única fuente de riqueza como es la plusvalía proveniente del trabajo humano sino de varias, provenientes de la naturaleza extrahumana. La diferencia entre el valor de los recursos naturales y su coste constituye otra apropiación de plusvalía.

Así pues, los procesos de acumulación reposan sobre una doble explotación de los seres humanos y el medioambiente. Los primeros cumplen su función al ser convertidos en mano de obra asalariada y el segundo, al convertir la naturaleza extrahumana en recursos apropiables.

Según Marx, la explotación del proletariado para obtener las plusvalías de su trabajo generaba la gran contradicción del capitalismo, esta es, la paradoja de que las condiciones generadas para su expansión a su vez darían lugar a su propia destrucción pues la clase trabajadora se uniría para acabar con el sistema que la oprime. A ello, O'Connor (1998) añade una segunda contradicción: la apropiación capitalista de la naturaleza extrahumana depredará el planeta de tal forma que agotará sus fuentes de acumulación y hará caer el sistema.

Si históricamente la primera contradicción no ha parecido provocar el fin del capitalismo, el cambio climático y el gran desastre ambiental contemporáneo permiten intuir su inviabilidad a medio y largo plazo.

#### 4- El capitalismo como ecología-mundo

Cuando Fernand Braudel (1981) realizó sus estudios sobre el incipiente sistema capitalista europeo en el largo siglo XVI, concluyó que este no constituía solo un modelo económico adoptado por los Estados sino un sistema de gobierno que trascendía las fronteras de los entes soberanos. El circuito del capital se expandía regionalmente, integrando dentro de una misma matriz a todos aquellos actores presentes en su geografía. Por ello, concluyó que el capitalismo era una “economía-mundo”, es decir, un área transnacional que articulaba un sistema propio donde los actores eran ubicados y cumplían funciones específicas.

Quizás uno de los efectos más palpables de esta lógica fue la división internacional del trabajo, que reveló cómo determinadas áreas geográficas pasaban de disponer de esquemas productivos heterogéneos a especializarse en ciertos tipos de producción orientados al intercambio. Hoy en día, por ejemplo, sabemos que los países mediterráneos se han especializado en la producción industrial de alimentos, siendo España e Italia responsables de prácticamente el 45% de la producción de frutas y verduras de la UE (Molinero-Gerbeau 2020) lo cual ha permitido que otros países, como Alemania, en vez de destinar recursos y mano de obra a este sector, lo haga a la industria. A modo de simplificación, este es un ejemplo de división internacional del trabajo, dentro de una misma economía-mundo (la europea) en la que Alemania dispone de alimentos baratos producidos por el sur de Europa y a su vez esta área dispone de productos manufacturados producidos por ese Estado. Por supuesto, este intercambio no se produce en igualdad de condiciones, lo cual revela así otra característica fundamental de la división internacional del trabajo: su asimetría.

Pese a la función estructural que cumplen determinadas producciones, como en este caso, la de alimentos, el valor productivo de la misma no es equiparable al de las mercancías industriales por lo que el desigual intercambio en la economía-mundo capitalista deriva en una jerarquización de actores basada en relaciones de dependencia.

Por otro lado, dado que el capitalismo persigue la acumulación infinita de capital, históricamente ha tendido a expandirse vertical y horizontalmente. Por expansión vertical entendemos la apropiación de los recursos del subsuelo, así como del espacio aéreo (y espacial). En cambio, por expansión horizontal entendemos su tendencia a incorporar cada vez más territorios y, por ende, más poblaciones, a su sistema. Immanuel Wallerstein por eso concluyó que el capitalismo pronto trascendió de las economías-mundo europeas para convertirse progresivamente en estructura planetaria, es decir, en un sistema-mundo. Este proceso se iniciaría con la conquista de América en 1492 y terminaría a finales del siglo XX con la caída del bloque soviético y la integración completa del planeta al sistema capitalista.

Efectivamente, la integración de más territorios y actores al sistema deriva en mayor acumulación para el centro al realizarse, por lo general, de forma violenta a través de conquistas militares o proyectos coloniales que someten estos nuevos espacios a una lógica de subalternidad dentro de la división internacional del trabajo ya mencionada. Wallerstein (2000: 86) lo explica muy claramente al afirmar que “el capitalismo conlleva no solo la apropiación de plusvalía de un propietario hacia un trabajador, sino también una apropiación de plusvalía de toda la economía-mundo hacia áreas centrales”. Así pues, el sistema-mundo se organiza en torno a áreas centrales que acumulan gran parte de las plusvalías mundiales y áreas periféricas, que proveen de los cuatro baratos al centro para que pueda producir y acumular. De ahí que las relaciones de dependencia sean fundamentales para el mantenimiento del sistema. No puede haber acumulación sin jerarquías, o dicho de otra forma, se requiere de la existencia de áreas subalternas que proveen de recursos primarios al centro para que este acumule.

Este último punto revela la falacia del discurso en torno al desarrollo, un concepto históricamente inventado por economistas como Rostow para contrarrestar la dialéctica de la dependencia (Criollo et al 2013). Si el marxismo indicaba que la subyugación histórica de la periferia al centro era funcional al sistema capitalista, la escuela desarrollista dirá que la desigualdad es solo un “estadio histórico”. Es decir, aquellos territorios en situación de pobreza no serían dependientes ni estarían sometidos, sino que aún no habrían despegado y se encontrarían en una fase previa al desarrollo. Según esta visión, con el tiempo (y las recetas adecuadas) todo Estado podría desarrollarse y alcanzar los estándares del centro. Este mensaje, que obvia el funcionamiento más básico de los mecanismos de acumulación, serviría para desactivar los impulsos revolucionarios en la periferia mundial, de ahí que la famosa obra de Rostow (1961) “Las etapas del crecimiento económico” lleve por subtítulo “un manifiesto no comunista”. Si el problema es la dependencia, entonces la solución pasa por acabar con el sistema que la sustenta, en cambio, si la desigualdad es fruto del subdesarrollo, el remedio radicaría en aplicar recetas capitalistas (como los planes de ajuste estructural impulsados por el FMI) para crecer.

El discurso sobre la sostenibilidad funciona de igual manera. Ahora que el cambio climático es una realidad incuestionada por la comunidad internacional, gobiernos y actores no pueden obviar su responsabilidad sobre un fenómeno que amenaza con convertir el planeta en un espacio distópico. Con el objetivo de evitar su responsabilidad sobre ello y de verse obligados a terminar con el sistema capitalista del que se benefician, amparándose además por organizaciones internacionales tales como las Naciones Unidas, los agentes capitalistas han lanzado el concepto de sostenibilidad como respuesta a la destrucción ambiental contemporánea. La idea sería establecer un capitalismo verde, capaz de reciclar residuos y alcanzar las cero emisiones de gases de efecto invernadero manteniendo los rodajes de la acumulación global funcionando. Esto, no obstante, es inviable, pues siendo la naturaleza extrahumana una indispensable fuente de plusvalía para el sistema, el consumo de recursos no puede sino seguir ampliándose con el tiempo.

Así, pese a que la sostenibilidad puede frenar la destrucción del ecosistema a corto, pero no a medio plazo, es un concepto omnipresente que permite a los actores del centro controlar el discurso en torno al diagnóstico de la crisis ecológica y manejar su respuesta sin por ello perder su situación de privilegio.

De esta manera, Dependencia vs. Desarrollo y Capitalocidio vs. Sostenibilidad constituyen dos indispensables debates para entender cómo los actores hegemónicos abordan las crisis sistémicas capitalistas.

Estos mismos debates también han tenido su incidencia dentro del campo crítico de estudios sobre el capitalismo, donde el marco del sistema-mundo ha sido uno de los que más impacto ha tenido en el último cuarto del siglo XX. Y es que, a medida que el cambio climático se erigía como el gran problema mundial contemporáneo surgieron determinadas voces criticando la ausencia de una perspectiva medioambiental en la teoría de Wallerstein que pudiera contrarrestar mensajes como el de la sostenibilidad.

Ciertamente, los estudios estructuralistas (etiquetada utilizada para referirse a aquellos que aplican el marco del sistema-mundo) apenas han hablado históricamente del medioambiente más que para referirse a cómo el capitalismo lo agreda (Moliner-Gerbeau 2022), un hecho que choca con la función estructural que cumple la apropiación de la naturaleza dentro de los procesos de acumulación.

Ello revela la extensión de la implantación del pensamiento dualista cartesiano, cuya asunción de la separación entre el mundo humano y el natural en esferas diferenciadas ha sido incluso asumida por las teorías críticas con el capitalismo.

Si pensamos, en cambio, en el sistema capitalista como una estructura que requiere de una apropiación simultánea del trabajo humano y la naturaleza extrahumana podemos concluir que más que un sistema-mundo es, tal como asegura Jason W. Moore (2020), una ecología-mundo. La aplicación de esta etiqueta no viene a invalidar los análisis realizados por la escuela de Wallerstein, sino que persigue ampliar su perspectiva al señalar que la acumulación infinita de capital no requiere solo de un planeta organizado en torno a relaciones sociales capitalistas, sino que necesita construir un planeta propiamente capitalista. Por lo tanto, este no sería solo un sistema, sino que constituiría una ecología, una forma de organizar el espacio geofísico y las formas de vida que alberga integrándolos y sometiéndolos jerárquicamente al circuito del capital.

Adoptando esta perspectiva, podemos, tal como indica Moore (2020: 46), “considerar Wall Street como una manera de organizar la naturaleza”, pues al igual que toda economía es política, también es ecológica.

Pongamos algunos ejemplos prácticos para entender esta lógica. Ya hemos visto la función estructural que cumple la provisión de comida barata al sistema, siendo ésta la que determina el precio simbólico del trabajo humano. Así pues, para explotar a los trabajadores y extraer la plusvalía de su trabajo no se requiere solo de una estructura social estratificada por el capitalismo y reforzada por el aparato estatal, sino que es necesario, simultáneamente, transformar la tierra, mediante la agricultura, en una fábrica de alimentos a gran escala. Dos momentos históricos muestran a la perfección cómo los espacios naturales han sido masivamente transformados vertebrando una ecología capitalista.

Uno lo constituye el colonialismo. Cuando las potencias europeas se lanzaron a conquistar y someter a territorios y poblaciones de América, África, Asia y Oceanía para apropiarse de sus recursos, iniciaron la conversión de espacios en monocultivos funcionales a los intereses de las metrópolis. Lugares como América Central con el banano (Kepner y Soothill, 2015) o determinadas islas del Caribe con la caña de azúcar (Mintz, 1996), fueron absolutamente transformados para especializarse en dichas producciones a gran escala. La dimensión de esta modificación ecológica pervive hasta

el día de hoy, siendo muchos de estos territorios dependientes de la importación de otros víveres que ya no son capaces de producir. Incluso algunas infraestructuras, como el ferrocarril, en vez de conectar ciudades como en los Estados del centro, en muchas ocasiones solo existen para ir desde las plantaciones hasta los puertos, revelando el carácter capitalista de la transformación espacial.

Un segundo momento altamente relevante de estas lógicas es la implantación, a lo largo del siglo XX, de la agricultura industrial. Territorios como California o Almería, en España, muestran cómo amplias zonas naturales han sido convertidas en verdaderas fábricas de alimentos, llegando incluso a ser visible desde el espacio, en el caso de la segunda, la concentración de invernaderos.

Más allá de los alimentos, el carácter del capitalismo como ecología-mundo puede verse en otros fenómenos transformadores de los espacios tales como la proliferación, a lo largo y ancho del planeta, de minas a cielo abierto, entre otros.

Pensemos, por ejemplo, en algo tan cotidiano como los teléfonos inteligentes. Estos no solo se producen con mano de obra humana pues también requieren coltán, un material cuya obtención en países como República Democrática del Congo, ha transformado espacios ambientales enteros para convertirlos en minas, lo cual a su vez ha derivado en la profundización de conflictos armados que desestabilizan la periferia para beneficio del centro. Es decir, el capitalismo no solo organiza la vida humana, sino que convierte el medioambiente en una ecología-mundo capitalista.

En esta lógica no solo están involucradas las tierras emergidas, pues los océanos y los cielos son reorganizados para convertirlos en rutas de tránsito para los intercambios comerciales. Lo mismo sucede con las formas de vida que alberga el planeta. Los bosques son concebidos como espacios capitalizables ya sea por el turismo o para la obtención de recursos como la madera y los animales son convertidos en comida o en recurso material (en pieles o en marfil, por ejemplo).

Ningún espacio o ser vivo escapa a la lógica de un sistema que ha conquistado el planeta y que depende tanto de la explotación de los seres humanos como de la naturaleza extrahumana para garantizar la continuidad de los procesos de acumulación que, pese a tender al infinito, se producen en un planeta finito que ya empieza a mostrar los límites del modelo.

El cambio climático es una realidad palpable fruto de este funcionamiento, pero también lo son la sexta extinción masiva, la acidificación de los océanos o la presencia de microplásticos hasta en la sangre humana. Los efectos del capitalismo impactan sobre todo el planeta, no solo en los seres humanos, y están iniciando un periodo climático nuevo. Si la ciencia geológica definió el periodo actual como el “Holoceno”, caracterizado por ser una época de clima templado que, tras el gélido Pleistoceno, ha permitido que la civilización humana como tal se desarrolle, los aumentos constantes en la temperatura global indicarían que estamos pasando a una nueva época climática caracterizada por temperaturas elevadas.

La perspectiva hegemónica, liderada por Paul Crutzen (2006), ha abogado por definir este periodo como el “Antropoceno”, un nuevo momento climático en el que el *antropos*, es decir, la humanidad, se habría convertido en una fuerza geofísica tal que habría impulsado un cambio de clima. No obstante, desde el estructuralismo se ha definido una crítica que señala al capitalismo, y no a la humanidad, como responsable del cambio climático. Siendo este un sistema jerárquico y asimétrico donde el 1% de la población mundial dispone de una riqueza inigualable basada en la explotación del resto de las naturalezas, aglutinar al conjunto de la especie humana como responsable de la destrucción ecológica capitalista no se ajustaría a la realidad. Los seres humanos somos una especie, pero no un actor unitario pues estamos atravesados por las diferencias de clase y por la posición

jerárquica que ocupan los Estados a los que pertenecemos dentro de la ecología-mundo capitalista. No han contribuido al calentamiento global por igual las poblaciones del centro que las de la periferia ni la clase trabajadora del centro tiene la misma responsabilidad que quienes detentan los medios de producción.

Por ello, si rompemos con la falacia del ser humano como agente, podemos entender que la responsabilidad sobre el calentamiento global queda en manos de una clase, la clase capitalista, siendo por lo tanto mucho más ajustado a la realidad definir este periodo climático como el “Capitaloceno”, es decir, la época en la que el capitalismo ha cambiado el clima (Moore 2017).

Las temperaturas elevadas ya presentes en el periodo actual indican el establecimiento de un tipo de clima capitalista, caracterizado por ser más caliente pues es producido por la intensificación de una producción que emite gases de efecto invernadero mientras depreda el medioambiente. Si el Holoceno se caracterizó por un clima templado, el Capitaloceno será asociado a un clima cálido, unos océanos acidificados, una drástica reducción de especies animales y, en definitiva, a una devastación de un entorno estructurado de manera que la sumisión de los territorios periféricos al centro y la clase trabajadora a la clase capitalista aseguren la continuidad de un proceso de acumulación destructivo.

El concepto de Capitaloceno, así, revela como ninguno el carácter socio-ecológico del régimen capitalista global, una ecología-mundo autodestructiva cuyo propio funcionamiento, siguiendo lo expuesto por O'Connor (1998), sienta las bases para su fin.

## 5- Conclusiones

Hemos visto, a lo largo de este capítulo, que el concepto de “naturaleza” corresponde a un invento histórico destinado a legitimar la apropiación capitalista del medioambiente. La concepción de los espacios naturales y las formas de vida no humanas como pertenecientes a una esfera diferenciada de la civilización humana perseguía construir una jerarquía según la cual, todo aquello que no perteneciera al orden de lo social debía ser legítimamente apropiado por este para promover su desarrollo. Esta división conceptual, asociada al pensamiento de René Descartes, ha sido definida como dualismo cartesiano y ha permeado el pensamiento occidental desde los albores del capitalismo, en el largo siglo XVI, hasta la actualidad.

La percepción de la naturaleza como reservorio de recursos ha convertido en incuestionable la introducción del medioambiente en el circuito del capital, opacando el hecho de que el sistema encargado de explotar a la mayoría de la población mundial, el capitalismo, se basa tanto en la apropiación de plusvalías humanas como en la apropiación de la naturaleza extrahumana.

Así, la expansión del capitalismo desde las primeras economías-mundo europeas al actual sistema-mundo no puede explicarse desde un relato meramente antropocéntrico, pues la acumulación global de la que se ha nutrido ha dependido tanto de la explotación del trabajo humano como del acaparamiento del medioambiente convertido en recurso.

Este proceso histórico ha terminado configurando un planeta capitalista, donde todos los seres vivos (humanos y no humanos) y espacios han sido incorporados al sistema productivo transformando el conjunto de la ecología global. Este carácter socio-ecológico del capitalismo haría, según Jason W. Moore (2020), necesario definirlo no ya como un sistema (un sistema-mundo) sino como una ecología (una ecología-mundo).

Entendiendo esta faceta podemos comprender, por ejemplo, que Wall Street es una forma de gobernar el medioambiente. Y rompiendo con el pensamiento dualista es posible entender que el capitalismo no es un mero sistema productivo cuya agresión a la

naturaleza constituye un daño colateral, sino que el propio sistema requiere de una transformación completa del medioambiente para apropiarse de él con el fin de garantizar los procesos de acumulación. Al igual que el marco del desarrollo fue creado como una retórica para opacar las relaciones internacionales de dependencia que sustentan la acumulación del centro global en detrimento de la periferia, el contemporáneo discurso de la sostenibilidad opaca el verdadero funcionamiento del sistema. La ecología-mundo capitalista constituye una forma de apropiación del medioambiente, sin la cual no funcionaría en sus actuales términos, por lo tanto, hablar de sostenibilidad, es decir, de un capitalismo menos agresivo con la naturaleza, carece de sentido. Pueden reducirse las emisiones de gases de efecto invernadero o reciclarse los residuos, pero la conversión de la ecología planetaria en una ecología capitalista continuará, derivando en una progresiva destrucción de la misma.

Ya estamos en el Capitaloceno, es decir, en la época geológica en la que el capitalismo ha modificado el clima y la única solución al futuro distópico que presenta pasa por un cambio radical de un sistema que, como hemos visto en este capítulo, es más que un modelo productivo, es un régimen socio-ecológico total.

Una vez comprendido el capitalismo como régimen socio-ecológico ¿qué efecto crees que tendrán los objetivos de desarrollo sostenible de las Naciones Unidas a medio y largo plazo sobre el medioambiente?

Cada año las Naciones Unidas celebran la Conferencia de las Partes (COP por sus siglas en inglés) de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático que reúne a los Estados firmantes, pero también a ONGs y otros actores sociales ¿crees que puede constituir un mecanismo efectivo para frenar el cambio climático? Justifica tu respuesta.

Bibliografía empleada:

- Bacon, F. (2003) *Novum Organum*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Balibar, É. and Wallerstein, I. (2018) *Raza, Nación, Clase. Las identidades ambiguas*. Badalona: Dirección Única.
- Bohstedt, J. (2014) 'Food Riots and the Politics of Provisions in World History', *IDS Working Papers*, 444, pp. 1–31.
- Braudel, F. (1981) *Structures of Everyday Life (Civilization and Capitalism, 15th-18th Century)*. Nueva York: Harper Collins Publisher.
- Criollo, F. et al. (2013) 'Elementos sobre la historia del concepto de desarrollo según los economistas Theotonio Dos Santos y Gilbert Rist', *Tendencias*, 10(1), pp. 71–86.
- Crutzen, P. (2006) 'The "Anthropocene"', in Ehlers, E. and Krafft, T. (eds) *Earth System Science in the Anthropocene*. Berlín: Springer, pp. 13–18.
- Kepner, C. D. and Soothill, J. Henry (2015) *El imperio del banano. Las compañías bananeras contra la soberanía de las naciones del Caribe*. Madrid: Akal.
- Marx, K. (2003) *El capital. Crítica de la economía política*. Barcelona: RBA.
- Mintz, S. W. (1996) *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la historia moderna*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Molinero Gerbeau, Y. (2020) 'La creciente dependencia de mano de obra migrante para tareas agrícolas en el centro global. Una perspectiva comparada', *Estudios Geográficos*, 81(288), pp. 1–27.

- Molinero-Gerbeau, Y. (2022) 'El medioambiente en la tradición estructuralista', in Molinero-Gerbeau, Y. (ed.) *El medioambiente en las Relaciones Internacionales*. Madrid: Síntesis, pp. 71–84.
- Moore, J. W. (2017) 'The Capitalocene, Part I: on the nature and origins of our ecological crisis', *The Journal of Peasant Studies*. Routledge, 44(3), pp. 594–630.
- Moore, J. W. (2020) *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- O'Connor, J. (1998) *Natural Causes: Essays in Ecological Marxism*. Nueva York: Guilford Press.
- Patel, R. and Moore, J. W. (2017) *A History of the World in Seven Cheap Things. A Guide to Capitalism, Nature and the Future of the Planet*. Oakland: University of California Press.
- Polanyi, K. (2003) *La gran transformación*. Mexico D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Rostow, W. W. (1961) *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Sternberg, E. (2015) 'Defining Capitalism', *Economic Affairs*. John Wiley & Sons, Ltd, 35(3), pp. 380–396.
- Wallerstein, I. (2000) 'World-Systems Analysis', in *The essential Wallerstein*. New York: The New Press, pp. 129–148.